

www.elboomeran.com

Lydie Salvayre

No llorar

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Pas pleurer
© Éditions du Seuil
París, 2014

Ilustración: foto © Ute Klaphake / Trevillion Images

Primera edición: septiembre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Javier Albiñana, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7934-6

Depósito Legal: B. 16103-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su ilustrísima el obispo-arzobispo de Palma señala a los justicieros, con mano venerable en la que refulge el anillo pastoral, el pecho de los pobres malos. Lo dice Georges Bernanos. Lo dice un católico ferviente.

Estamos en España en 1936. La guerra civil está a punto de estallar, y mi madre es una pobre mala. Una pobre mala es una pobre que abre la boca. Mi madre, el 18 de julio de 1936, abre la boca por primera vez en su vida. Tiene quince años. Vive en un pueblo perdido de la Cataluña alta, donde, desde hace siglos, los grandes terratenientes mantienen a familias como la suya en la más extrema pobreza.

Por esas mismas fechas, el hijo de Georges Bernanos se dispone a luchar en las trincheras de Madrid con el uniforme azul de la Falange. Durante unas semanas, Bernanos piensa que el alistamiento de su hijo en las filas de los nacionales es justificado y legítimo. Tiene las ideas que todo el mundo conoce. Ha militado en Action Française. Admira a Drumont. Se declara monárquico, católico y heredero de las antiguas tradiciones francesas, y se muestra más afín al espíritu de la aristocracia obrera que a la bur-

guesía adinerada, a la que aborrece. Presente en España en el momento del alzamiento de los generales contra la República, no calibra de entrada la magnitud del desastre. Pero no tarda en rendirse a la evidencia. Ve practicar a los nacionales una depuración sistemática de los sospechosos, mientras, entre dos asesinatos, los dignatarios católicos los absuelven en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia española se ha convertido en la Puta de los militares depuradores.

Asqueado e impotente, Bernanos presencia tan infame connivencia. Hasta que, en un extenuante esfuerzo de lucidez que lo obliga a romper con sus antiguas simpatías, se decide a escribir la situación de la que es atormentado testigo.

Es uno de los únicos en su bando que se atreve a hacerlo.

*A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.*¹

El 18 de julio de 1936, mi madre, acompañada de mi abuela, se presenta ante los señores Burgos, que quieren contratar a una nueva criada, después de echar a la anterior por el simple motivo de que olía a cebolla. En el momento de emitir el veredicto, don Jaume Burgos Obregón se vuelve hacia su esposa con cara satisfecha y, tras observar a mi madre de pies a cabeza, declara con ese tono de seguridad que mi madre no ha olvidado: Parece muy modesta. Mi abuela le da las gracias como si la hubiera felicitado, pero a mí, me dice mi madre, esa frase me saca de

1. En el original, la autora mezcla con el francés el castellano en el habla de algunos personajes y en explicaciones sobre la época. Se ha usado la seminegrita para señalar este particular. (*N. del E.*)

mis casillas, la recibo como una ofensa, como **una patada en el culo**, cariño, **una patada en el culo** que me hace pegar un **salto** de diez metros dentro de mí misma, que me revoluciona el cerebro, que llevaba durmiendo más de quince años, y que me facilita comprender el sentido de lo que contaba mi hermano cuando volvió de Lérida. Así que al salir a la calle me pongo a griter (yo, a gritar), a gritar: ¿Sabes lo que quiere decir con eso de que parezco muy modesta? Baja la voz, por Dios, implora mi madre, que es una mujer muy apagada. Quiere decir, yo estaba desatada cariño desatada, ¡quiere decir que seré una tata de lo más buena y obediente! ¡Quiere decir que obedeceré todas las órdenes de doña Sol sin protestar y que le limpiaré las cacas sin protestar! ¡Quiere decir que ofreceré todas las garantías de ser una perfecta mema y que no chistaré nunca contra nada de nada, que no causaré la menor molestia! Quiere decir que don Jaume no me pagará, ¿cómo lo dices tú?, ni gorda, y que encima tendré que decirle *muchísimas gracias* con esa cara de modesta que me sienta tan bien. Jesús, murmura mi madre alarmada, más bajo, que te van a oír. Y yo grito cada vez más fuerte: ¡Me importa un pimiento que me oigan, yo no quiero ser la chacha de los Burgos, para eso prefiero hacer de puta en la ciudad! Por lo que más quieras, me suplica mi madre, no digas barbaridades. Ni nos han invitado a sentarnos, le digo sublevada, ni me han dado la mano, me recuerdo (yo: me acuerdo), me acuerdo, bruscamente de que tengo un panarizo en el dedo pulgar y de que llevo vendado el dedo, está bien, panadizo, pero no me enmiendes a cada palabra que digo, si no no acabaré nunca. Entonces mi madre para apaciguarme me recuerda con voz susurrada los considerables beneficios que me aguardan si me cogen: que tendré casa, comida y ropa limpia, que tendré libres todos los do-

mingos para ir a bailar sardanas a la plaza de la Iglesia, que cobraré un pequeño salario y una pequeña prima anual para hacerme un pequeño ajuar e incluso juntar unos ahorrillos. Ante esas palabras, clamo: ¡Antes la muerte! *Dios mío*, suspira mi madre echando miradas angustiadas a las dos hileras de casas que flanquean el callejón. Y yo aprieto a correr a toda velocidad hacia mi desván. Menos mal que al día siguiente estalló la guerra, con lo cual nunca tuve que hacer de criada ni de los Burgos ni de nadie. La guerra, cariño, cayó que ni pintada.

Mi madre, esta noche, mira la televisión, donde la imagen fortuita de un hombre abordando al presidente de la República le recuerda de pronto el entusiasmo de su hermano Josep a su regreso de Lérida, su joven impaciencia y su fervor que lo embellecían. Y todo aflora de repente, la frasecita de don Jaume Burgos Obregón, el entusiasmo de julio del 36, el descubrimiento eufórico de la ciudad, y el rostro de la persona a quien mi madre quiso con locura y a quien mi hermana y yo llamamos desde niñas André Malraux.

Mi madre se llama Montserrat Monclús Arjona, un nombre que me hace feliz revivir y extraer durante un tiempo de la nada a la que se veía abocado. En el relato que inicio, no quiero introducir, por el momento, a ningún personaje inventado. Mi madre es mi madre, Bernanos el escritor admirado de *Los grandes cementerios bajo la luna* y la Iglesia católica la infame institución que fue en 1936.

*Fuente es mi vida
en que mis obras beben*

Mi madre nació el 14 de marzo de 1921. Sus allegados la llaman Montse o Montsita. Tiene noventa años en

el momento en que evoca para mí su juventud en esa lengua mixta y transpirenaica en que se ha convertido la suya desde que el azar la arrojó, hace más de setenta años, a un pueblo del Sudoeste francés.

Mi madre fue guapa. Me dicen que poseía en otro tiempo esa prestancia muy especial que confería a las mujeres españolas el porte del cántaro en la cabeza y que sólo se aprecia actualmente en las bailarinas de ballet. Me dicen que avanzaba como un barco, erguida y flexible como una vela. Me dicen que tenía un cuerpo de cine y *sus ojos reflejaban la bondad de su corazón*.

Hoy en día es vieja, rostro arrugado, cuerpo decrepito y andar perdido y vacilante, pero hay una juventud en su mirada que la evocación de la España del 36 reaviva con una luz desconocida para mí. Sufre trastornos de memoria, y la impronta de todos los acontecimientos que vivió entre la guerra y el momento presente se le han borrado para siempre. En cambio conserva totalmente intactos los recuerdos de aquel verano del 36 en que tuvo lugar lo inimaginable, aquel verano del 36 durante el cual, según ella, descubrió la vida, y que fue sin ningún género de dudas la única aventura de su existencia. ¿Significa eso que lo que mi madre ha tomado por realidad los setenta y cinco años siguientes no ha existido realmente? A veces lo pienso.

Esta noche, la oigo remover de nuevo las cenizas de su juventud perdida y veo animarse su semblante, como si toda su alegría de vivir se redujese a aquellos días del verano del 36 que pasó en la gran ciudad española, y como si, para ella, el curso del tiempo se hubiera detenido en la calle San Martín, el 13 de agosto de 1936 a las ocho de la mañana. La escucho narrarme sus recuerdos, que mi lectura paralela de *Los grandes cementerios bajo la luna* en-

sombrece y completa. Y trato de descifrar las razones de la turbación que esos dos relatos suscitan en mí, una turbación que temo que me arrastre a un terreno al que no tenía la menor intención de ir. Para ser más concreta, al evocarlos, siento deslizarse en mi interior por esclusas ignoradas sentimientos contradictorios y en definitiva bastante confusos. Mientras que el relato de mi madre sobre la experiencia libertaria del 36 suscita en mi ánimo una suerte de embeleso, de alegría infantil, el relato de las atrocidades descritas por Bernanos, enfrentado a la noche de los hombres, a sus odios y furores, viene a reavivar mi temor al ver a unos cuantos cabrones retomar ahora aquellas ideas infectas que creía dormidas hacía tiempo.

En el momento en que mi madre de quince años se presenta acompañada de mi abuela al puesto de criada, doña Pura, la hermana del susodicho don Jaime Burgos Obregón, eternamente erguida en el borde de una silla de alto respaldo de cuero, lee enardecida el editorial que aparece en la primera plana de su periódico, *Acción Española*: «Un joven general ha decidido tomar el mando de la Gran España a punto de naufragar en la democracia y el socialismo para crear un dique contra la invasión bolchevique. A su llamamiento, otros generales se han agrupado sin vacilar en torno a ese extraordinario caudillo y los partidos nacionales han despertado. Pero ¿serán capaces el espíritu, la inteligencia, la entrega a la patria y el heroísmo de poner coto a los bajos apetitos y a los instintos bestiales aupados al poder por el gobierno de Moscú, que espera envenenar de ese modo a toda la Europa mediterránea?» La pregunta con que concluye el artículo sume en tal angustia a doña Pura, que de inmediato se ve aquejada de palpitaciones cardíacas. Porque doña Pura sufre palpitaciones cardíacas. Y aunque el médico le ha prescrito evitar

las contrariedades que provocan palpitaciones cardiacas, sus sentimientos patrióticos la mueven a leer el periódico de los nacionales. Es un deber, doctor, dice con voz desfallecida.

Durante los días siguientes, doña Pura vive en el temor de ver su casa saqueada, sus tierras robadas y su fortuna destruida por Josep, el hermano de Montse, y su pandilla de ladrones. Sobre todo porque Maruca, la tendera, le ha revelado en voz baja que los anarquistas se entregaban a sangrientos desmanes en sus correrías, destripaban a las monjas tras violarlas y mancillaban sus conventos con horrendas profanaciones. Desde entonces, doña Pura se los imagina irrumpiendo en su dormitorio, arrancando el crucifijo de marfil que cuelga encima de su blanco lecho, llevándose su joyero incrustado de esmaltes y cometiendo, Santo Cielo, incalificables salvajismos. No obstante, sigue saludando, cuando se los cruza, a los parientes de esos exaltados. ¡Hace falta tener buen corazón!

¡Así revienten!

Apenas pronuncia esa frase, el haber formulado tal deseo la hace ponerse colorada de vergüenza. ¿Habrá oído sus palabras Dios, al parecer dotado de un oído suprasensible? Mañana mismo se lo confesará a don Miquel (el cura del pueblo, que todavía no ha huido), quien le pondrá de penitencia tres avemarías y un padrenuestro, los cuales ejercen sobre su conciencia el efecto casi instantáneo de una aspirina. Es sabido que, cualesquiera que sean los crímenes que cometan los católicos contra los rojos en esa época, ya sean arma blanca, arma de fuego, golpes con porras o con barras de hierro, quedan inmediatamente disculpados o perdonados, por poco que su autor haga acto de contrición antes de la oración de la noche, pues los pequeños apaños con el Cielo español resultan literalmente mágicos.

Doña Pura reanuda su invocación y ruega ahora a la Santísima Virgen María que ponga fin a los execrables actos de esos descarados que ofenden mortalmente a su Dios. Porque doña Pura considera que atentar contra sus riquezas es ofender gravemente a su Dios. Porque doña Pura forma parte de esas personas a quienes en el pueblo, usando de una concisa y elocuente palabra, denominan **fachas**. **Facha** es una palabra que, pronunciada con la che española, se arroja como un escupitajo.

Los fachas en el pueblo, que no son muchos, coinciden en considerar que:

NO HAY MEJOR ROJO
QUE UN ROJO MUERTO.

Mi tío Josep, el hermano de Montse, es un rojo, o mejor dicho un rojo y negro.

Desde que su hermana le relató su visita a los Burgos, no se le pasa la ira. A los rojos en el 36 no se les pasaba la ira. Y menos aún a los rojos y negros.

Josep considera que a su hermana la han ofendido. La España del 36 está repleta de ofendidos.

¡Parece muy modesta! ¡Parece muy modesta! ¡Pero quién se ha creído que es ese **cabrón**! ¡Se va a arrepentir ese **sinvergüenza**! ¡Se va a tragar esas putas y asquerosas palabras! ¡Le cerraremos la boca a ese **burgués**!

Josep no es el mismo desde que volvió de Lérida. Su mirada trasluce visiones inauditas, inefables, y su boca palabras de otro mundo que hacen decir a su madre A este hijo me lo han cambiado.

Cada año, entre la cosecha de almendras del mes de mayo y la de avellanas de septiembre, Josep se va de temporero a segar el heno a una extensa finca de las afueras de Lérida, donde realiza un trabajo que supera sus fuerzas

por un salario ridículo pero que le enorgullece entregar a sus padres.

Desde los catorce años, sus días se disipan en labores campestres que comienzan al alba y concluyen al ponerse el día. Tal es la pauta que marca su vida. Y ni por un instante se le ocurre replanteársela, ni por un instante piensa que se pueda vivir de otro modo.

Pero ese año, cuando llega a Lérída con Joan, encuentra una ciudad que ha dado un giro vertiginoso, moral trastocada, tierras colectivizadas, iglesias transformadas en cooperativas, cafés llenos de gente voceando eslóganes, y pintados en todas las caras un júbilo, un fervor, un entusiasmo que no olvidará nunca.

Descubre entonces palabras tan nuevas y audaces que enardecen su ánimo juvenil. Palabras inmensas, palabras rimbombantes, palabras ardientes, palabras sublimes, palabras de un mundo que comienza: revolución, libertad, fraternidad, comunidad, esas palabras que, acentuadas en español en la última sílaba, suenan como un puñetazo en la cara.

Se queda maravillado como un niño.

Le vienen a la mente cosas en las que nunca había pensado.

Desmesuradas.

Aprende a alzar el puño y a cantar a coro «Hijos del Pueblo».

Grita con los demás Abajo la opresión, Viva la libertad. Grita Muerte a la muerte.

Se siente existir. Se siente mejor. Se siente moderno, y se le desborda el corazón. Comprende de pronto lo que significa ser joven. Lo ignoraba. Piensa que habría podido morir ignorándolo. Al mismo tiempo calibra hasta qué punto su vida ha sido hasta entonces mortecina, y pobres sus deseos.